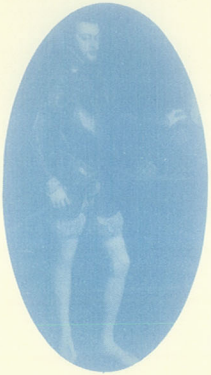
AYUNTAMIENTO DE MADRID
CONCEJALÍA DE CULTURA, EDUCACIÓN, JUVENTUD Y DEPORTES
INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS
DEL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS



AULA DE CULTURA

CICLO DE CONFERENCIAS: EL MADRID DE FELIPE II

PERSONAJES LITERARIOS DE LA ESPAÑA DE FELIPE II

POR
D.ª ANA MARÍA FREIRE LÓPEZ

MADRID, 1999 | 16 | ARTES GRÁFICAS MUNICIPALES

PERSONAJES LITERARIOS DE LA ESPAÑA DE FELIPE II

Esta Conferencia la pronunció doña Ana María Freire López el día 29 de octubre de 1998 en la Sala II del Centro Cultural de la Villa de Madrid

Depósito legal: M. 8.428 - 1999.—Artes Gráficas Municipales - Concejalía de Régimen Interior

AYUNTAMIENTO DE MADRID
CONCEJALÍA DE CULTURA, EDUCACIÓN, JUVENTUD Y DEPORTES
INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS
DEL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

AULA DE CULTURA

CICLO DE CONFERENCIAS: EL MADRID DE FELIPE II

PERSONAJES LITERARIOS DE LA ESPAÑA DE FELIPE II

POR

D.ª ANA MARÍA FREIRE LÓPEZ

MADRID
Artes Gráficas Municipales - Concejalía de Régimen Interior

1999

PERSONAS Y PERSONAJES

A través de la literatura, y no sólo a través de la historia, conocemos a muchos contemporáneos de Felipe II. La España del siglo XVI estuvo habitada por grandes personajes, unos protagonistas de hechos notables y otros no, pero igualmente interesantes.

De algunos se han ocupado los géneros historiográficos. La historiografía tradicional nos dice lo que hicieron dentro del contexto de su época; las biografías históricas centran su atención en el personaje individual y nos cuentan, además de lo que hicieron, cómo fueron, qué les llevó a actuar de una determinada manera, aunque el análisis psicológico del personaje en el género biográfico se puede decir que comienza en el siglo XVIII, del mismo modo que el orden cronológico en las biografías es una aportación del Humanismo. Anteriormente las vidas importaban por su ejemplaridad, ya fuera en sentido pagano, en el mundo clásico, ya con una finalidad moralizante, que añadió el cristianismo.

Pero de los sucesos y de los personajes pretéritos también se ocupa la literatura. La novela histórica, la biografía novelada tratan a veces de reconstruir cómo sucedió lo que sucedió, añadiendo color local, ambientación, e incluso diálogos que pudieron haber sido; sin deformar la historia, dan cabida a una interpretación personal de los sucesos y a un juicio acerca de los personajes por parte del autor. En ocasiones, la literatura hace que relaten su historia los propios protagonistas, por medio de la forma autobiográfica, recurso que aporta verosimili-

tud al relato, al ponerlo en boca o en la pluma de quien mejor podría contarlo. Tenemos entonces las novelas autobiográficas, las memorias noveladas, los diarios ficticios que, si no son géneros historiográficos, procuran, cuando tienen calidad, hacer una obra de arte literaria, sin desfigurar al personaje ni su entorno.

Cuando Felipe II tenía veintisiete años y se casaba con su segunda esposa, María Tudor, y aún no era rey, aparecía por primera vez en el panorama literario español un antihéroe, un personaje marginado como protagonista no de una biografía —lo que sería mucho—, sino de una autobiografía: era **Lázaro de Tormes**. La obra, aunque se supone escrita con anterioridad, veía la luz en cuatro ediciones simultáneas en 1554: en Burgos, en Amberes, en Alcalá de Henares y en Medina del Campo. Era el primer pilar sólido de la novela picaresca, que tendría los siguientes grandes hitos en la publicación del *Guzmán de Alfarache*, en Madrid, en 1599, y de *El Buscón*, en Zaragoza, en 1626, aunque este último había sido redactado hacia 1604. Lázaro, acompañando a sus sucesivos amos, recorre la España que heredaría Felipe II, y no sólo la recorre geográficamente, sino también socialmente, aportando con ello otro elemento de modernidad, porque a través de los amos de Lázaro se pone ante los ojos del lector aquella España en que el clero malvivía y no comía, en que la baja nobleza de los hidalgos no comía más que el clero, y donde hasta el pícaro Lázaro comparte los mendrugos de pan con un amo al que compadece.

La pobreza de la infancia de Lázaro bien sirve para hacerse una idea de lo que sería la de San Juan de la Cruz, tan bellamente pintada por Jiménez Lozano en *El mudejarillo*, aunque los dos chiquillos siguieran derroteros tan distintos.

En aquella misma España vivió **Cipriano Salcedo,** el hereje vallisoletano cuya historia nos acaba de contar Delibes.

Y también **don Quijote**, que saliendo de un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiso acordarse Cervantes, recorrió aquella España que pasó de las manos del Emperador a

las de su hijo Felipe. A pesar del deseo de Cervantes de desdibujar itinerarios, temporalidad y cronología, algunas pistas nos dejan colegir que los sucesos de la novela ocurren alrededor de 1589-1592, pues sí que es posible determinar que el cautivo cuenta su historia en 1589 y que tiene, por tanto, la misma edad que Miguel de Cervantes, que también fue cautivo en Argel. Si, como dice Cervantes (o Cide Hamete Benengeli) «frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años» (I, 1), don Quijote habría nacido hacia 1540, resultando sólo siete años mayor que Miguel de Cervantes y que el propio cautivo, nacidos en 1547[1]. El cautivo, en su historia (I, 39), alude a «nuestro buen rey don Felipe» y a don Juan de Austria. De modo que fueron súbditos de Felipe II no sólo don Quijote, Sancho y el cautivo, sino también el cura y el barbero, el ama y la sobrina de don Quijote, Maritornes y el ventero, Andrés, Luscinda y Cardenio, don Fernando y Dorotea, el bachiller Sansón Carrasco, Camacho el rico y Quiteria la bella, y Aldonza Lorenzo (Dulcinea para don Quijote), y los duques, y los galeotes, y tantísimos personajes más.

En esa España, en Valladolid, había nacido el príncipe Felipe el 21 de mayo de 1527.

Al año siguiente moría **Baltasar de Castiglione** (1478-1528), diplomático, nuncio apostólico del Papa Clemente VII ante el Emperador Carlos V, y autor de *El cortesano,* que, publicado en Venecia en 1528, tradujo **Juan Boscán** al castellano y así se editó en Barcelona en 1534. Dos años después (1536) llegaba a España la noticia de la muerte de su gran amigo **Garcilaso de la Vega**, tras el asalto a la fortaleza de Muy, en el sur de Francia, peleando por la causa del Emperador. Garcilaso falleció días después en Niza, a consecuencia de las heridas, y en sus últimos momentos le asistió el marqués de Lombay, que después sería **San Francisco de Borja**.

Boscán moriría en 1542, el año del nacimiento de **San Juan de la Cruz** (1542-1592) y uno antes de que Felipe II contrajera matrimonio con María de Portugal, su primera esposa y madre del heredero, **don Carlos**, verdadero personaje literario, tanto como histórico.

En 1556 el Emperador abdicaba y se retiraba a Yuste, «dejando a su hijo Felipe II frente a frente con la Historia de España», como escribe María Teresa León en *El soldado que nos enseñó a hablar,* la biografía novelada de **Miguel de Cervantes** (1547-1616). El año de la abdicación, Miguel cumplía diez años, pues había nacido, como **don Juan de Austria** (1547-1578) y como **Mateo Alemán** (1547-1615) el glorioso año de 1547, aquél en que el Emperador había vencido a los protestantes en Mühlberg, momento que inmortalizó Tiziano, su pintor favorito.

Pero antes, en 1540, habían venido al mundo, para compartir con Felipe aquel tiempo histórico, **Antonio Pérez**, la **princesa de Éboli** y **El Greco**, que, aunque no nació en España, nadie dudará en considerarlo un personaje de la España de Felipe II.

Estrictamente contemporáneos del rey, o sea, nacidos también en 1527, fueron **Fray Luis de León** (1527-1591) y **Benito Arias Montano** (1527-1598), el gran humanista, que fue bibiotecario de El Escorial, capellán y confesor de Felipe II, y su consejero en los asuntos políticos de Flandes y de Portugal, y tal vez más conocido como director de la *Biblia Políglota de Amberes.*

Ya reinando Felipe II y muerto el Emperador en 1558, nacían dos grandes escritores: **Luis de Góngora** (1561-1627) y **Lope de Vega** (1562-1635), el «monstruo de naturaleza» que transformaría el modo de hacer teatro en España, marcando un antes y un después. Si su obra es eminentemente dramática, teatral, puede decirse que su vida fue verdaderamente novelesca.

Cuatro años después de la gran victoria de Lepanto (1571), moría **Diego Hurtado de Mendoza** (1503-1575), poeta y embajador en Venecia, al que algunos han atribuido la autoría de la *Vida del Lazarillo de Tormes.* Y en 1576, cuando llegaba a España El Greco, moría en Roma **Bartolomé de Carranza** (¿1503?-1576) —el que había sido nombrado arzobispo de Toledo a instancias de Felipe II—, después de diecisiete años

de un proceso inquisitorial, que no pudo condenarle, a pesar de la voluminosa documentación y el acopio de denuncias y de testigos.

A comienzos de la década de los ochenta, cuando Cervantes era liberado de su cautiverio y Lope estudiaba en Salamanca, nacían **Francisco de Quevedo** y **Tirso de Molina**.

El declinar del reinado —y del siglo— es también el ocaso de insignes personajes de la época: faltaban dos años para la terminación de El Escorial (1584) cuando moría en Alba de Tormes **Santa Teresa** (1515-1582); y a finales de los ochenta **Fray Luis de Granada** (1504-1588), incomprendido por el rey, y a principios de los noventa **Fray Luis de León** y **San Juan de la Cruz**, y casi con el siglo, el propio rey Felipe (1527-1598).

De todos estos personajes se ha ocupado la literatura, desde su propio tiempo hasta el nuestro. De unos como protagonistas, de otros como coro o comparsa. La de Felipe II fue época de individualidades: la mirada renacentista se centraba en el hombre, en la persona. Y también fue época de prototipos, de modelos, de paradigmas: *El político*, de Maquiavelo, que se había publicado en 1513, fue conocido por el rey Felipe, al igual que *El cortesano*, de Castiglione, manual del perfecto caballero renacentista. Con una finalidad distinta, pero en la misma línea de los modelos y prototipos puede inscribirse *La perfecta casada*, que Fray Luis de León publicó en 1583.

SUCESOS NOVELESCOS

Pero si entre los contemporáneos de Felipe II hay muchas personalidades dignas de pasar a la historia y a la literatura, también la época fue rica en sucesos con entraña novelesca, que ofrecen a los escritores buen material literario.

Apenas iniciado el reinado de Felipe, tuvo lugar en Valladolid el famoso auto de fe en el que se juzgó a los miembros de la secta luterana del doctor Cazalla. Uno de ellos era

Cipriano Salcedo, el protagonista de *El hereje,* novela en la que Delibes mezcla con libertad personajes históricos y de ficción, y funde deliberadamente los datos históricos de dos autos de fe diferentes, que tuvieron lugar en la ciudad. Como asunto no central, el auto de fe de Valladolid aparece en muchas de las novelas que recrean aquella época histórica. Y no sólo el de Valladolid, sino otros, como el que se celebró en Toledo y que relata de forma novelesca Enrique Larreta en *La gloria de don Ramiro.*

Otro suceso que ha tentado a novelistas y dramaturgos fue la prisión y muerte del príncipe don Carlos (24-VII-1568), el heredero, en unas circunstancias que la leyenda negra explotó torcidamente, pero lo suficientemente poco claras como para que la imaginación aventurara hipótesis más o menos verosímiles.

En 1578 tuvo lugar otro acontecimiento oscuro para los historiadores. El rey don Sebastián de Portugal, a sus veinticuatro años, desaparecía en la batalla de Alcazarquivir, como muchos otros miembros del ejército portugués, luchando contra Abdel-Malek, tío de Muley Hamet, rey de Marruecos, al que apoyaban los portugueses. La derrota fue enorme y el cadáver del rey nunca fue hallado. El hecho se prestaba a una nueva versión de la antigua leyenda del rey don Dionís, y la literatura lo supo explotar en el personaje de Gabriel de Espinosa, *El pastelero de Madrigal*, adonde llegaba el fraile portugués Miguel de los Santos hacia 1590 ó 91. Allí, en el convento de las Agustinas de Madrigal de la Altas Torres, vivía retirada Ana, la hija natural que don Juan de Austria tuvo con doña María de Mendoza. La trama estaba servida y, entre otros muchos, la aprovechó en 1835 Patricio de la Escosura, el amigo de Espronceda, para su novela *Ni rey ni roque.*

Otros sucesos de aquella época tuvieron mucho de novelesco. El asesinato de Escobedo, que había venido a Madrid desde los Países Bajos para pedir auxilio al rey en nombre de don Juan de Austria. Después de tres intentos de envenenamiento, moría de una estocada una noche, cerca de la casa de la Prince-

sa de Éboli. Desde el primer momento se barajó la posibilidad de que fuera algo más que una venganza, de que fuera un crimen de Estado, y de que el propio rey no fuera del todo ignorante de lo que otros habían tramado. Pero también se habló ya entonces de que tal vez Escobedo sabía más de lo que le convenía a Antonio Pérez, y que éste había sido el instigador. La relación de los hechos por Antonio Pérez, una vez que había huido de España, no llegó a convencer, ni a poner las cosas en claro.

Y si miramos aquella época como se mira un cuadro, encontramos que, detrás del primer plano y del segundo, todavía existe un fondo verdaderamente rico para una ambientación novelesca: la amenaza luterana, la Inquisición, la fundación de la Compañía de Jesús por Ignacio de Loyola (1540), el Concilio de Trento (1545-1563), las grandes empresas militares, victoriosas o no: San Quintín (1557), Lepanto (1571), la Gran Armada (1588)...

Y planeando sobre España, las noticias de sucesos que llegaban del extranjero: la decapitación de Tomás Moro (1535), la muerte de Erasmo (1536), la excomunión de Enrique VIII (1538), la muerte de Lutero (1546)...

LOS LUGARES

Hemos hablado de los personajes. Hemos recordado los sucesos. Veamos ahora los escenarios, porque también hay una serie de lugares que cobran protagonismo, bien porque en ellos ocurrieron sucesos memorables, o simplemente porque fueron punto de coincidencia de muchos de los personajes que hemos nombrado.

> Asentada entre los ríos Pisuerga y Esgueva, la **Valladolid** del segundo tercio del siglo XVI era una villa de veintiocho mil habitantes, ciudad de servicios a la que la Real Chancillería y la nobleza, siempre atenta a los coqueteos de la Corte, le prestaban un evidente relieve social.

Así comienza Delibes la descripción de la ciudad donde había nacido el rey, y donde entonces residía la Corte, aunque por poco tiempo, ya que en 1561 Felipe II la establecería en Madrid, prefiriendo esta ciudad a Toledo.

Toledo, donde vive El Greco, es visitada por Santa Teresa en varias ocasiones. Santa Teresa, paisana y contemporánea de los personajes de *La gloria de don Ramiro,* que tiene como escenario **Ávila**, la famosa ciudad amurallada que, al decir de Enrique Larreta:

> resplandecía en el oro húmedo y blanquecino de la mañana, como una pequeña Jerusalén. La religiosa emoción la henchía, la perfumaba. Las flores de los árboles, asomando por encima de las tapias, pendían sobre las callejuelas. Impaciente alegría parecía bajar de las campanas silenciosas y difundirse sobre todo el caserío.

Pero don Ramiro también viaja a Toledo, como la santa, que allí llega a fundar un nuevo convento en 1569, y allí empieza a escribir *Las moradas* el 2 de junio de 1577, el mismo año en que, precisamente en Toledo, era encarcelado San Juan de la Cruz el 2 de diciembre. En Toledo vivían los padres de Miguel de Cervantes, lo que hace verosímil que los visitase y que, dada la cercanía de Esquivias, conociese con este motivo a la que sería su mujer. Estas coincidencias son explotadas, más o menos hábilmente, por los novelistas, que inventan encuentros y conversaciones entre los personajes, como hace Vintila Horia en *Un sepulcro en el cielo,* parcial autobiografía ficticia de El Greco, o María Teresa León en *El soldado que nos enseñó a hablar.*

Salamanca, «que enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado», todavía hoy está orgullosa de este elogio que Cervantes le dedicó en *El Licenciado Vidriera.* Allí era profesor Fray Luis de León cuando llegó a estudiar en sus aulas San Juan de la Cruz.

Jiménez Lozano, en *El mudejarillo,* los hace coincidir primero en una librería de la ciudad, y después les dedica a ambos el capítulo titulado «El poste». En la novela, Salamanca

> era una ciudad como Roma o Constantinopla de grande por lo menos [a los ojos del narrador], y siempre estaba llena de gente, de estudiantes por el día y hasta por las noches, cuando andaban de ronda o llevaban luminarias; y había tiendas de todas clases y librerías.

Algo tentador para los que han novelado las vidas de creadores como Cervantes o El Greco es hacerles conocer a sus modelos en la vida real. Así, en la novela de Vintila Horia, Cervantes es uno de los caballeros que aparecen retratados en *El entierro del Conde de Orgaz,* de El Greco. Y su *San Mauricio* se parecería peligrosamente a Escobedo, motivo por el cual Felipe II habría rechazado el cuadro.

En esta línea, viene casi de la mano hacer que Cervantes, preso en **Sevilla** por supuestas irregularidades cuando recaudaba en nombre del rey recursos para la Gran Armada, conociera en la cárcel de aquella ciudad a Rinconete, Cortadillo, Monipodio y todos los habitantes de aquellos bajos fondos que tan bien supo pintar. María Teresa León se sirve de este recurso en *El soldado que nos enseñó a hablar,* donde también Cervantes conoce a la protagonista de su *Galatea* en Portugal, y a Sancho lo encuentra en un camino, cuando se dirige a las bodas de Camacho. En la cárcel de Sevilla coincide también con otro preso ilustre: Mateo Alemán, con el que dialoga Cervantes en la novela; y desde su prisión sevillana escribe un par de cartas a El Greco, en la novela de Vintila Horia.

Son ciudades bien conocidas por Cervantes y él, que en *El Quijote* procuró evitar muy a propósito las ciudades, moviendo a sus personajes por campo abierto y por caminos, y que los reunió siempre en ventas y castillos, quiso sin embargo localizar en estos ambientes urbanos la mayor parte de sus *Novelas ejemplares.*

LITERATURA DE LA HISTORIA

Pues bien: personajes, sucesos, lugares se dan cita en la literatura, ya desde el mismo siglo XVI, como es el caso de *El Lazarillo de Tormes,* de *Don Quijote de la Mancha* y de tantas obras más.

De algunos de aquellos sucesos y personajes históricos se ha ocupado el teatro, y a veces con gran fortuna, como la que tuvo *El pastelero de Madrigal,* de Cañizares, a lo largo de todo el siglo XVIII y hasta bien entrado el XIX; o *Traidor, inconfeso y mártir,* de Zorrilla, sobre el mismo asunto, ubicada en 1594; o ya en el siglo XX la que obtuvo Pemán con *El divino impaciente* (1933), sobre la vida de San Francisco Javier. Otras obras tuvieron menos éxito, quizá no tanto por su propia calidad como porque había pasado el momento del teatro de asunto histórico. Es el caso del *Don Carlos* (1970), de Fernández Álvarez, y de otras semejantes. Pero no quiero fijarme tanto en el teatro como en la narrativa, puesto que la novela histórica conoce desde hace unos años un verdadero resurgir, no sólo en nuestro país.

La novela histórica romántica apareció en España en los últimos años veinte del siglo XIX, en la línea de lo que en el extranjero venían haciendo autores como Walter Scott. En la segunda mitad de la década de los veinte hubo en Cataluña un proyecto editorial para introducir en España las novelas de Walter Scott vertidas al castellano por buenos traductores (el proyecto era selectivo y lo impulsaba Aribau con unos cuantos socios), creando así el gusto por la novela histórica romántica. Pero las de Walter Scott recreaban la Escocia pretérita y contenían un mensaje nacionalista en el mejor de los sentidos: dar a conocer las glorias nacionales y los héroes pasados. En cuanto a los argumentos, el prototipo de la novela histórica romántica solía presentar las peripecias de una pareja de enamorados, que encuentran enormes dificultades para llevar a cabo sus planes de matrimonio, y con las que se entrelazan los sucesos históricos, que adquieren protagonismo o un papel de mero telón de

fondo, según los distintos momentos y autores. Escritores españoles se dedicaron entonces, además de a traducir o adaptar obras extranjeras, a escribirlas propias, fijándose en nuestro pasado nacional. Las mejores todavía se reeditan: *El señor de Bembibre* (1844), de Gil y Carrasco, que tal vez es nuestra mejor novela histórica de la época romántica, ambientada en el siglo XIV, donde se entrevera una historia de amor con el fin de la Orden de los Templarios. *El doncel de don Enrique el doliente,* de Larra, también ambientada en la Edad Media, sin ser la mejor, tiene a su favor la firma del mejor escritor del momento.

También la época de Felipe II sirvió de inspiración a la novela histórica del XIX. Hay que hacer notar que en este siglo se trata de *novelas históricas*, no de *biografías noveladas*, más propias del XX. La historia fue para algunos escritores del XIX un verdadero filón, por la riqueza de sucesos y de personajes: la materia era casi inagotable. Pero, pasada la época romántica, la historia se fue convirtiendo en la excusa y el escenario en el que se desarrollaban sucesos cada vez más novelescos, protagonizados por personajes que de históricos tenían poco más que el nombre propio que los hizo famosos. Juan Ignacio Ferreras diferenció estas novelas de las verdaderamente históricas llamándolas *novelas históricas de aventuras* en su obra *La novela por entregas. 1840-1900* (Madrid, Taurus, 1972). Y fue precisamente este sistema de publicación el que hizo célebres a muchos de sus autores, y a algunos incluso ricos, como a Ramón Ortega y Frías (1825-1883), novelista mediocre pero fecundo, seguidor de Manuel Fernández y González (1821-1888). Estas obras solían publicarse en el folletín de los periódicos, o por entregas; en cualquier caso el lector no podía leer el siguiente capítulo cuando quería, sino cuando se lo facilitaban. Esto aumentaba el interés, la intriga, e influía incluso en los aspectos formales y estructurales de estas obras, cuyos capítulos terminaban en momentos que dejaban al lector expectante hasta el próximo número del periódico o la nueva entrega de la novela.

Manuel Fernández y González, el maestro de la novela de folletín y por entregas en España —en la línea de Alejandro Dumas en Francia— se ocupó de la España de Felipe II en varias de ellas: *Martín Gil. Memorias del tiempo de Felipe II* (1850-1851), *El pastelero de Madrigal* (1862), *La esclava de su deber: Memorias de Antonio Pérez, secretario de Felipe II* (1865), *El Príncipe de los Ingenios Miguel de Cervantes* (1874), y otras. Pero en sus novelas siempre hay que poner en duda la verdad histórica, porque no le preocupa. Del mismo modo que tampoco es fiel a la realidad psicológica de los personajes, que desfigura en función de la intriga o de la trama argumental cuando le conviene. Fernández y González reinventó más que recreó literariamente un pasado histórico. No más fiel es su seguidor Ramón Ortega y Frías en novelas como *El tribunal de la sangre o los secretos de un rey* (1867), donde se hace eco de la leyenda negra, de la seudohistoriografía extranjera contra Felipe II, o *El diablo en palacio* (1882) sobre el personaje de don Carlos. Otro escritor de novelas históricas folletinescas fue Juan de Ariza, que a mediados del XIX publicó *Don Juan de Austria o las guerras de Flandes* (1847-1848).

Don Juan de Austria fue un personaje muy popular ya en su propio tiempo: sus orígenes —era hijo bastardo del Emperador— y sus posteriores relaciones con Felipe II; su papel en la victoria de Lepanto, con la anécdota del Papa Pío V, tan repetida ya entonces; su muerte tan joven —treinta y un años— fueron materia que aprovechó el padre Luis Coloma (1851-1915) en su célebre *Jeromín,* con mayor voluntad de rigor histórico —menciona sus fuentes—, aunque con gran dosis de idealización. Sirva como muestra el relato de la anécdota a que me he referido, al comenzar el Libro tercero. La morosa descripción del lugar, la del momento en que ocurre, la del mismo Pío V son los preparativos para el momento culminante en que, celebrando misa el Papa

> al llegar al evangelio de San Juan, sucedió una cosa extraña: comenzó a leerlo pausadamente, deteniéndose

> y marcando todas las palabras, como quien comprende y saborea su significación profunda; y de repente, con el rostro transfigurado y extraño y repentino temblor de todo el cuerpo y voz que no era la suya propia, pronuncio aquellas palabras: *Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Ioannes! (Hubo un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan).*

Se deleita Coloma en describir la reacción del Papa, que mira a la imagen de la Virgen, repitiendo la frase, y continúa:

> Desde aquel momento pareció como si quitasen de encima al Santo Pontífice un peso enorme que le agobiara.

Pío V había comprendido que sería don Juan de Austria el que, enviado por Dios, vencería al turco al mando de la Liga Santa que habían formado la Santa Sede, la señoría de Venecia y el rey de España.

Ya en el siglo XX, y más concretamente de unos años a esta parte, el interés por la novela histórica y por las biografías conoce un verdadero auge, no sólo en España y no sólo sobre historia española. La antigüedad clásica es una mina fecundísima de la que se extraen buenos argumentos y buenos personajes, aunque los logros literarios a partir de esa materia prima son otra cosa. En una entrevista reciente, varios editores que tienen entre sus colecciones alguna dedicada a la novela histórica señalaban que el éxito de la novela biográfica y de la novela histórica en general se debe a la confluencia de varios factores, entre ellos que, por una parte, se ha ganado a mucha gente para la causa de la lectura y, por otra, el público lector es más culto. Si esas novelas están bien escritas y bien documentadas, el lector encuentra en ellas no sólo entretenimiento, sino una ayuda a su formación cultural, al conocimiento del pasado y a la comprensión del presente, e incluso de sí mismo y de las personas del mundo en que vive, cercanas o lejanas.

Porque, además, la novela histórica de personaje ya no trata de idealizar el modelo, de presentar un arquetipo. Tanto como los hechos importa la psicología del personaje, su complejidad, que da razón de su comportamiento, de sus reflexiones y reacciones.

Esto explica el éxito de autores especializados en biografías noveladas, con un sustrato histórico, en las que la adscripción a la historiografía o a la literatura depende de la dosificación de los ingredientes, al margen de que por su calidad merezcan o no ser consideradas obras de arte literario. Pensemos en las de Gregorio Marañón, por ejemplo, y concretamente en la biografía de *Antonio Pérez*. Emil Ludwig ha escrito las de personajes tan diversos como Napoleón o Beethoven, Lincoln o Miguel Ángel, Bolívar o Rembrandt. No menos fecundo ha sido Stefan Zweig, redactor de las vidas de María Antonieta y María Estuardo, Fouché, Magallanes, Tolstoi o Casanova, además de otras novelas de asunto histórico. En Francia, André Maurois, aficionado también a temas históricos, ha trazado las biografías de Napoleón y de Voltaire, de Víctor Hugo o de Lord Byron.

Tal vez a la vista del éxito de algunas novelas más creativas en años no lejanos (las ficticias *Memorias de Adriano* escritas por Marguerite Yourcenar; *El nombre de la rosa,* de Umberto Eco) varias editoriales españolas han apostado por colecciones de literatura con fondo histórico. La pena es que en muchos casos se trata de novelas en serie, de muy distinta calidad, pues al lado de alguna valiosa, otras muchas no lo son: tienen más técnica que arte y sus autores más oficio que dotes creadoras.

Lo que se observa es que, así como en el siglo XIX hay más novelas históricas centradas en sucesos que en personajes, en el XX español, y concretamente en lo relativo a la época que nos ocupa, la de Felipe II, es la figura, el personaje, el que da pie a la creación literaria. Don Juan de Austria es el protagonista de varias novelas de gran difusión y desigual valor, tanto en España como en el extranjero: *El señor natural,* de Laszlo Pasuth; *El último cruzado,* de Louis de Wohl; *La visita en el tiempo,* de Uslar Pietri...

La princesa de Éboli dio mucho que hablar en su tiempo y mucho que escribir en el nuestro. Su misma imagen, al parecer de gran belleza, pero con el ojo tapado, que se prestaba a tantas conjeturas sobre si era tuerta o era bizca; sus intrigas con Antonio Pérez; sus relaciones con el propio rey, con épocas de favor y con caídas en desgracia; su empeño por entrar en el Carmelo a la muerte de Rui Gómez de Silva, su marido, y los problemas que le planteó a Santa Teresa... Todo esto ha dado sobrada materia a la imaginación de los novelistas. *Esa dama,* la novela de Kate O'Brien, que no es fiel a la verdad histórica en puntos importantes, se reedita continuamente desde 1946, y en distintas editoriales. Recientemente se acaba de publicar otra biografía novelada de la princesa, escrita por una descendiente suya, Almudena de Arteaga. Sender le dedicó la segunda de sus *Tres novelas teresianas, La princesa bisoja.* Esa novela corta tiene el indudable mérito de haber acertado con el tono, que, según Delibes, es lo más difícil para el novelista, y ha de tenerlo muy claro antes de empezar a escribir. La novela comienza al día siguiente de la muerte de Rui Gómez. Pero apenas interviene el narrador, ni siquiera Santa Teresa, porque doña Ana de Mendoza y de la Cerda arrolla con su palabra a cualquier otra persona que quiera pronunciar una. Y ése es el gran mérito de esta novelita de personaje, en el que la protagonista queda caracterizada por sus propias palabras, sin necesidad de que nadie la presente, ni siquiera el narrador: con su torrente de palabras traza su autorretrato y su etopeya.

Aunque también es muy acertado el retrato de la princesa que, con poquísimas, pintó Vintila Horia en *Un sepulcro en el cielo,* para explicar la razón por la que El Greco nunca la pintó. Doña Ana manda llamar a El Greco:

—Me gustaría tener aquí un retrato mío hecho por vos, dijo.
—Soy un pintor de almas, señora.
—No. Entonces no.

Pero estas novelas de Sender, aunque con fondo histórico, no pretenden contar lo que fue, sino lo que pudo haber sido, o lo que al autor le ha gustado imaginar que pudo ser. No tratan de hacer pasar lo ficticio por verdadero: sencillamente cuentan con la complicidad del lector, que sabe que una cosa es la verdad histórica y otra la verdad poética. En *La puerta grande,* otra de las novelas teresianas, Sender recrea la juventud de Santa Teresa, siguiendo el hilo de lo que la santa cuenta de sí misma en el *Libro de la vida.* Pero paulatinamente lo verdadero (lo que fue) deja paso a lo verosímil (lo que pudo haber sido) para llegar a lo históricamente inverosímil, pero plausible dentro del juego literario: en el viaje hacia Becedas, adonde la joven Teresa va con su padre y su prima Irene para curarse, encuentran a Sancho lavando en el río una bacía de barbero. Y a renglón seguido sale don Quijote de en medio del encinar y le ofrece agua a Teresa en su bacía, que él cree yelmo de Mambrino. No se trata solamente de una mezcla de ficción y realidad, del mundo real con el literario, sino que incluso cronológicamente tampoco es posible ese encuentro: si Teresa tiene, como se nos ha dicho al comienzo de la novela, dieciséis años, estamos en 1531, y don Quijote no habría nacido para entonces. El novelista lo sabe y hace un guiño al lector perspicaz al final de la novela, dándole la clave en que la ha escrito, cuando don Quijote comenta, después de haber presenciado la representación de un auto:

> No es del caso ponerle sombras y buscarle defectos a la obra, ya que la poesía nunca respeta con exactitud los detalles de la historia, que el arte mayores sotilezas tiene que la verdad ordinaria, como vuesas mercedes mejor que yo saben. Es posible que esos hechos no sucedieran nunca o que sólo sucediera uno de ellos (...) pero por Dios que el que compuso la obra sabe jugar bien con la substancia de los símbolos y yo pongo a ese autor sobre mi cabeza.

También coexisten personajes reales y de ficción en *Un sepulcro en el cielo*. El título hace referencia al cuadro de *El entierro del Conde de Orgaz*, todo un símbolo en la novela. La acción comienza en 1588, cuando El Greco conoce en Toledo la derrota de la Gran Armada y acaba de firmar, esa misma noche, el célebre cuadro. Aunque en el arranque de la novela El Greco tiene cuarenta y siete o cuarenta y ocho años, el tono empleado parece el de un hombre mucho mayor. Tal vez esto sea lo menos creíble de esta obra: haberla puesto en boca de un hombre que difícilmente pudo haber dicho ni pensado lo mucho que se le hace pensar y decir. Pero hay que aceptar la ficción literaria como ficción literaria. No se trata de una novela autobiográfica. Más bien se acercaría el tono al de una memoria o al de un relato epistolar, un monólogo o, mejor, un diálogo que no espera respuesta del interlocutor mudo que es Jerónima, la modelo y madre del hijo del pintor. La novela tiene otros méritos, pero en cuanto al estilo estamos ante un hombre del siglo XX pensando dentro de El Greco. Las palabras transparentan una mente contemporánea, que además habla con la misma voz y entonación detrás de todos los personajes, aunque sean muy distintos. Incluso las cartas que Cervantes escribe a El Greco —gran audacia de Vintila Horia, remedar una carta de Cervantes—, tienen el mismo tono y estilo de todo el relato, están pensadas por la misma mente y escritas por la misma mano. También son inverosímiles las palabras de San Juan de la Cruz, en un estilo que tanto contrasta con el de *El mudejarillo*. Porque Vintila Horia no quiso resistirse a hacer coincidir a El Greco con Santa Teresa y con San Juan de la Cruz por las calles de Toledo y por los caminos cercanos, tal como pudo haber sucedido. Y también convierte en personaje literario a Fray Hortensio Paravicino, que mantiene largas conversaciones con El Greco y juega su papel en la trama, comunicando al pintor la muerte de don Juan de Austria y la desaparición del rey don Sebastián y enjuiciando el comportamiento de Felipe II con cada uno de ellos. Cervantes se convierte en personaje literario, que pasea y conversa con

El Greco en Toledo, que le escribe desde la cárcel de Sevilla, y le cuenta que comparte la celda con dos truhanes muy simpáticos llamados Rinconete y Cortadillo. Se habla en la novela de todos los personajes del momento: don Juan de Austria, Antonio Pérez, la princesa de Éboli, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Escobedo... Y al igual que en *El Embajador,* de Antonio Prieto, y que en *La gloria de don Ramiro,* de Larreta, está presente la magia y la hechicería y los espejos mágicos y otras artes de la época, en las que se involucra desde luego a Juan de Herrera, el arquitecto de El Escorial, y al mismo Felipe II.

Muy diferente es *El mudejarillo,* la literaria biografía de San Juan de la Cruz, escrita por Jiménez Lozano, pero contada por un personaje que no descubrimos hasta la mitad de la novela, en el capítulo titulado «El robo». Aparece entonces por primera vez un yo narrativo inesperado, que además aporta al relato una dosis de misterio cuando escribe:

> Hasta aquí y un poco más tenía yo en mi cartapacio escrito y anotado acerca de las averiguaciones hechas sobre la vida de Fray Juan de Yepes, y bien escondido estaba en una bujeta pequeña que había oculta debajo de mi cama en la alcoba o mechinal que estaba dentro de otra estancia que yo había alquilado en la posada, y era el rincón más inadvertido que podía hallarse. (...) Pero ¿adónde estaría seguro un hombre que escribe la vida de otros hombres y sabe sus misterios? ¿Adónde estará a cubierto de los registradores y cómo adivinan éstos que alguien es un escritor de cosas, si él sólo las lleva en su ánima y en papeles ocultos?

Un gran acierto de la novela es haber encontrado el tono adecuado, necesario, preciso. San Juan apenas habla, y sin embargo su alma está presente en cada página del libro y en cada línea, y en cada palabra. La sobriedad, la sencillez, la serenidad del personaje son sencillez, y serenidad y sobriedad

en la forma, que es un verdadero ejercicio de estilo. El personaje, su mundo interior, la misma Castilla, encajan perfectamente con la ausencia de recursos innecesarios y de hiel, aun cuando se relatan sucesos amargos; y con el punto de humor del estilo con el que el narrador-testigo cuenta la historia.

También es un narrador-testigo el que relata la vida de don Diego Hurtado de Mendoza en *El embajador,* de Antonio Prieto, pero este narrador, que fue su secretario, tiene un afán documental que no aparece en *El mudejarillo,* donde no había fechas sino sólo insinuaciones que ayudaban a conjeturarlas. El secretario del embajador se preocupa, por el contrario, de ubicar los hechos históricamente: «Esta mi epístola os la voy escribiendo cuando el 1584 va cerrando sus puertas y desde tierra muy lejana, aunque no tanto que a ella se ocultaran los aires enamoradizos de doña Ana Mendoza de la Cerda, princesa de Éboli». «La vida de mi señor quedaba cogida entre la toma de La Goleta y Túnez por el Emperador y la pérdida de estas fortalezas en los tiempos de nuestro rey Felipe II». «Mi historia comienza con seguridad en la Nápoles espléndida de 1534 que vivía la campaña africana del Emperador». En la novela hay continuas referencias a hechos históricos: la noticia de la victoria de San Quintín, el 10 de agosto de 1557, la recibe don Diego en Bruselas; en Lovaina se entera de la muerte del Emperador el 21 de septiembre de 1558, etc. Por la novela desfilan personajes históricos: el Emperador Carlos V, Felipe II (que no resulta simpático), Garcilaso de la Vega, Violante San Severino (a la que Garcilaso dedicó su *Oda ad florem Gnidi),* don Pedro de Toledo, el arzobispo Carranza... Y también Lázaro de Tormes —«el 19 de junio fue el último día que don Diego supo de Lázaro de Tormes»—, cuya vida se da a entender que escribió el embajador. Pero, a pesar de la verosimilitud histórica que pretenden fechas y sucesos reales, el relato contiene tantos elementos de ficción y recursos literarios que es una verdadera novela. Incluso más que de una biografía novelada tendríamos que hablar de una biografía inventada, contada con tono humorístico, que al final hace pensar que *si non e vero e ben trovato.*

A María Teresa León, en *El soldado que nos enseñó a hablar,* no le preocupa mucho el rigor cronológico, sino el personaje y el ambiente. Las alusiones cronológicas son un marco, pero no existe un deseo de exactitud. Leonor Cortinas, la madre de Miguel de Cervantes, habla al bebé recién nacido (e implícitamente al lector):

> Pues estás en España. Reina el gran emperador Carlos V, pero todos los ojos están puestos en Felipe, su hijo, un doncel con la barba dorada y los ojos certeros.

Menudean en la novela las alusiones a personajes reales: Mateo Vázquez, el amigo de Cervantes que trabajaría en la secretaría del rey; Isabel de Valois, esposa de Felipe II, a la que Cervantes dedica una elegía; o don Juan de Austria, a quien Cervantes, ya herido en Lepanto, se esfuerza por ver pasar.

Se presentan poéticamente hechos que pudieron haber sucedido: el encuentro de Cervantes con Mateo Vázquez, que no lo reconoce; o con Lope, en el corral donde actúa Elena Osorio; o con Felipe II, que va en su litera por Madrid y se baja de ella para arrodillarse ante la custodia que pasa[2]. La figura del rey es un punto de referencia a lo largo de la novela: Cervantes ha de requisar caudales en Écija para la Gran Armada, y allí conoce a los que serían protagonistas del entremés *Los dos habladores,* «mientras, en Madrid, la pluma de Felipe II llevaba las cuentas de sus reinos con la puntualidad de un ama de casa».

En esta novela, como en la de Sender, la autora siente la necesidad de explicar las inverosimilitudes de su obra por boca de un personaje, que en este caso es el propio Cervantes, hablando a su mujer:

> No digo nada, Catalina. Sueña. Me gustaría que entendieses que hay el mundo de la invención poética, donde se mueven seres creados por la fantasía, y el

> otro, el de los hombres de carne y hueso, a quienes les duelen sobre los hombros las batallas, y las mujeres los esperan llorando.

La literatura ambientada en la España de Felipe II es abundante. Son muchos los personajes y las novelas, y pretender ocuparnos de todos y de cada una sería tentar lo imposible. Pero me gustaría que las pinceladas precedentes sobre los contemporáneos reales o ficticios del rey —a Felipe II lo he dejado voluntariamente al margen— despertaran el interés y la curiosidad por conocerlos mejor, y animaran a leer —o a releer— las obras en que aparecen.

NOTAS

[1] El cautivo habría nacido en 1547, pues cuenta que al irse de casa de su padre «tuve nuevas de que el gran duque de Alba pasaba a Flandes», y eso ocurría en agosto de 1567; después añade que hace veintidós años que no ve a su padre, lo que nos sitúa en 1589. Se le describe como «de edad de poco más de cuarenta años», o sea la misma de Cervantes, que también había nacido en 1547. Pero tampoco se trata de una exactitud matemática, pues en el donoso escrutinio se menciona *El pastor de Iberia*, novela pastoril de Bernardo de la Vega, que se publicó en Sevilla en 1591 (los demás libros del escrutinio son anteriores). E incluso habría que ampliar el marco cronológico hasta 1592, si se admite la suposición de que el episodio del cuerpo muerto que trasladan de Baeza a Segovia (I, 19) tiene algo que ver con el de San Juan de la Cruz, muerto en 1592.

[2] Sin embargo, no es verosímil el encuentro de Cervantes con Góngora en el mentidero de Madrid, pues si Cervantes tenía, como se dice, unos cuarenta años, Góngora tendría dieciséis, y desde luego a esa edad no era conocido como don Luis de Góngora.

CICLO DE CONFERENCIAS: EL MADRID DE FELIPE II

CONFERENCIAS PUBLICADAS

Número 1. *Ritos procesionales olvidados y otras noticias curiosas de la Villa*, por DON JOSÉ DEL CORRAL.

Número 2. *La Calle Mayor, escenario de Madrid en la época de Felipe II*, por DON MANUEL MONTERO VALLEJO.

Número 3. *Madrid en tiempos de Felipe II. La Villa*, por DON JOSÉ CEPEDA ADÁN.

Número 4. *Francisco de Monzón*, por DON JOSÉ FRADEJAS LEBRERO.

Número 5. *Las hermanas de Felipe II*, por DON FRANCISCO AZORÍN.

Número 6. *El Rey Prudente y Baltasar Porreño*, por DON ENRIQUE PARDO CANALÍS.

Número 7. *Idea de la capitalidad de Madrid*, por DON ENRIQUE DE AGUINAGA.

Número 8. *La moda a través del retrato en la época de Felipe II*, por DOÑA ÁFRICA MARTÍNEZ MEDINA.

Número 9. *El espacio territorial madrileño circunscrito a los Sitios Reales en el reinado de Felipe II*, por DOÑA VIRGINIA TOVAR MARTÍN.

Número 10. *Espacios sociales en el Madrid de Felipe II*, por DON ALFREDO ALVAR EZQUERRA.

Número 11. *La voz del Rey: provisiones, privilegios y reales cédulas de Felipe II en el Archivo de Villa de Madrid*, por DOÑA MARÍA DEL CARMEN CAYETANO MARTÍN.

Número 12. *El venerable Gregorio López*, por DON JOSÉ FRADEJAS LEBRERO.

Número 13. *La muerte y el concepto del espacio: De la Capilla del Obispo a El Escorial*, por DOÑA MARÍA ASUNCIÓN FERNÁNDEZ HOYOS.

Número 14. *La Real Acequia de Colmenar de Oreja en tiempo de Felipe II y sus relaciones con el entorno*, por DOÑA PILAR CORELLA SUÁREZ.

Número 15. *Isabel de Valois, la Reina amada en Madrid por Felipe II*, por DON LUIS LÓPEZ JIMÉNEZ.